

RACONTOS

*SERGIO VODANOVIC

PUNTO DE VISTA

*OSCAR MUÑOZ G.



CARLOS OUEZADA

Esta copia feliz del Edén

Una amiga me envió un recorte de *The New York Times* en el que, apoyándose en profusión de datos estadísticos, se alaba la situación económica de Chile y el grado de modernidad a que ha llegado. Al leer la crónica se me hincha el pecho de orgullo patrio y pienso, con satisfacción, cómo en tan breve tiempo nuestro país, que fue tan criticado y escarnecido por la prensa internacional durante el largo período de la dictadura militar, hoy se yergue, para esa misma prensa, como paradigma.

Pero una vez que han pasado los escalofríos patrióticos, me pongo a pensar si ese idílico retrato corresponde al mismo país en que estoy viviendo. Trajo de refrenar mi insoportable sentido crítico recordando que yo también, cuando llegan a visitarme amigos del extranjero, los llevo a conocer las maravillas que contiene el Parque Arauco, gozo con la admiración que les produce el Jumbo del Alto Las Condes y no dejo de destacarles la cantidad de costosos automóviles que abarrotan nuestras calles. Y también, como el discurso oficialista y el de la oposición, porque en eso sí están de acuerdo, les hablo de la preciada modernidad que hemos alcanzado.

Sin embargo, también recuerdo que a algunos de esos amigos extranjeros que me visitaban se me ocurrió llevarlos a que conocieran la belleza del paisaje sureño y los invité a viajar en tren. Y poco pudieron ver mis amigos por la ventanilla del vagón, porque una impenetrable capa de mugre impedía toda visión, y el agrado del viaje se convirtió en tormento cuando los servicios higiénicos no funcionaban y hubo que usar los lavatorios como urinarios. Explicué que a los ferrocarriles no había llegado aún la modernización, y regresamos a Santiago justo para la primera lluvia, con la que quedamos incomunicados porque los teléfonos dejaron de funcionar normalmente, se produjeron apagones y las calles se anegaron haciéndose intranquilas. Ahí tuve que advertirles a mis amigos que la modernidad era un proceso y que había

aún algunos detalles que afinar, pero, recurriendo a las estadísticas que había leído en la prensa, les aseguré que, en todo caso, Chile tenía su economía saneada, con una alto PGB, que el desempleo era mínimo, la deuda externa había descendido, las exportaciones crecían y ya estábamos casi viviendo en la "copia feliz del Edén".

Creí haberlos convencido, cuando vino el aluvión, una desgracia de la naturaleza a que estaban expuestos hasta los países más desarrollados, les aseguré, pero junto con el aluvión aparecieron en la TV imágenes de los damnificados, del estado de miseria en que viven miles de chilenos, de sus frágiles e insalubres moradas, su orfandad sin límites respecto a necesidades tan vitales como la salud, la educación y la vivienda.

Mis amigos extranjeros me miraban pidiéndome una explicación. Y yo se las di repitiendo lo que tanto he escuchado de los gurúes del "modelo económico". Les dije que los compradores del Parque Arauco y del Jumbo del Alto Las Condes y los dueños de los automóviles de lujo estaban creando fuentes de trabajo, y que así iban produciendo un "derrame" que algún día alcanzaría a los chilenos pobres, que era cuestión de esperar y tener paciencia.

No creo haberlos convencido y yo tampoco me convencí. Entonces hablé de las nobles virtudes del pueblo chileno, de cómo la solidaridad surgía espontáneamente ante la desgracia y llegaba la ayuda de ropa y medicamentos para los damnificados del aluvión.

"Supongo que esa solidaridad también alcanzará a los que pagan impuestos en razón de sus altos ingresos y habrán aumentado los impuestos", me dijo uno de mis amigos al despedirse en el aeropuerto. No le contesté. Seguramente era un ignorante que no entendía ni el "modelo" ni la modernidad. Pero ahora ya sé lo que voy a hacer: le voy a enviar el recorte de *The New York Times* para que sepa, de una vez, lo que es mi país.

*Dramaturgo.

La obsolescencia del presente

En una ponencia que presentó en España el año pasado, Norbert Lechner reflexionaba sobre el fenómeno de desafección ciudadana y, más en particular, sobre el desencanto de la política que existe entre los jóvenes. El fenómeno llama la atención, porque se da precisamente en un período de transición a la democracia y de desarrollo de la economía chilena que muchos perciben con un optimismo casi triunfalista. Entre las causas posibles de esa actitud, Lechner anotaba acertadamente la pérdida de los códigos o mapas cognitivos que rigieron en el pasado, y que no han sido sustituidos aún por nuevas concepciones. Esto tiende a generar confusión y ambigüedad en la interpretación de los cambios que ocurren, y crea malestar psíquico y distanciamiento frente a un sistema que se percibe como monolítico.

Lechner sostiene que la falta de reflexión colectiva sobre estos cambios, motivada en gran medida por el temor a la crítica, contribuye a perpetuar ese malestar. Un ejemplo de la mutación de los códigos cognitivos es la concepción del tiempo y del futuro. La velocidad del cambio es tal, que "las experiencias adquiridas se desvalorizan rápidamente". El futuro se nos viene encima y se diluye en una especie de presente continuo. La noción de proyecto hace crisis. Y sin proyectos, surge el desencanto.

Otra interpretación posible es que el presente se diluye ante un futuro que se torna avasallador. El futuro siempre estará ahí, por delante. El problema es que tan pronto el futuro se convierte en realidad y en experiencia, estas ya están obsoletas. El presente se hace cada vez más obsoleto y, por lo tanto, pierde valor. Queda aprisionado entre un futuro y un pasado sobredimensionados. Los proyectos de inversión productiva son un buen ejemplo. Estos proyectos recogen las expectativas de ganancias, que no son más que promesas. Las empresas se valorizan por sus proyectos. Pero tan pronto los proyectos se convierten en realidad, surgen las frustraciones, los errores, los cam-

bios inesperados, los riesgos no considerados, las nuevas tecnologías. Los retornos esperados no se materializan. Es necesario formular nuevos proyectos para valorizar el patrimonio.

Esta desvalorización del presente refleja una tendencia más profunda, a nivel de nuestras actitudes existenciales. El redescubrimiento del mercado como institución social ha exacerbado también el utilitarismo como estilo anímico. Le exigimos a nuestra vida una proyección de utilidad, de eficacia, de productividad. El mercado y la competencia exigen eficacia, y ahí radica su principal virtud. Pero el mercado también avasalla, es decir invade todos los ámbitos de la vida social, incluso el de los valores éticos, que se relativizan en función de la eficacia. Esa invasión ocurre a costa de la identidad (por ejemplo, la destrucción de barrios tradicionales para construir torres homogéneas, más rentables), del goce de la existencia (el arte se convierte también en mercancía), de la solidaridad (que supone presencia, es decir, presente).

El utilitarismo llevado al extremo desvaloriza no sólo el presente, sino el mundo mismo, las cosas, la naturaleza, las personas, lo tangible. Se valorizan las cosas intangibles, las promesas, las expectativas. Los mercados de capital, por ejemplo, ya no transan recursos reales, sino sólo papeles, títulos, derechos y obligaciones. Todo es transable por un precio.

Esta tendencia puede ser muy destructiva, no sólo de los valores, identidades e ideales, sino incluso del propio mundo de la economía. La euforia puede convertirse rápidamente en depresión. La sociedad tiene que defenderse y ponerle límites a esa invasión. Para ello hay que tomar conciencia de que el presente también vale, que el goce de la vida tiene que darse aquí y ahora, y que el espíritu no debe regirse por criterios de utilidad sino de solidaridad.

*Economista de Cleplán, miembro del Consejo de Redacción de LA NACIÓN.



Detención por sospecha

El pasado 21 de mayo nos encontramos con un grupo de amigos en una fuente de soda ubicada en Manuel Montt con Irarrázaval, uno de los pocos lugares que van quedando en Santiago que están abiertos toda la noche. Eran aproximadamente las 04:30 cuando un grupo de carabineros entró al lugar y detuvo a dos parroquianos.

PALABRA DE

LECTOR

Como una de las personas era mi hermano, les pregunté a los carabineros el motivo de la detención, y recibí

por respuesta un empujón. Cuando quise averiguar a qué comisaría los llevarían no recibí respuesta alguna. Por esa razón mis amigos y yo comenzamos a seguir al furgón de Carabineros, el Z 693. Después de varios rodeos, se detuvo en una pequeña calle donde descendieron varios carabineros armados que nos apuntaron con sus armas. Nos hicieron bajar de los autos y nos registraron, arguyendo que no les gustaba que los si-

guieran. Volví a explicarles que se llevaban detenido a mi hermano y que quería saber el motivo de la detención y adónde lo llevaban.

Nuevamente no recibí respuesta alguna. Los carabineros volvieron al furgón y desaparecieron.

Después de peregrinar por distintas comisarías, finalmente los encontramos en la subcomisaría de Los Tres Antonios. Los soltaron a las 08:00 horas sin formular cargos.

Quiero destacar el hecho de que los carabineros se negaron a identificarse, además de los malos tratos que recibí cuando hice las averiguaciones.

Si está dentro de la ley detener a una persona por sospecha, por lo menos se le podría informar de qué se sospecha.

Deborah Schwarz
SANTIAGO